

Este es el día en que actuó el Señor (del salmo 117)

Todo cristiano medianamente conocedor de la Biblia, intuirá la carga histórica y dinamismo religioso que lleva consigo la fiesta de la **Pascua**...

Desde que Moisés, por orden de Yavéh, promulga para el pueblo de Israel la "ley de la Pascua", dotándola de un ritual todo él conmemorativo de las maravillas obradas por Dios liberándole de la esclavitud de Egipto (véase cap. 12 del Exodo), se va enriqueciendo esta fiesta en valor y significado a medida que época tras época de la historia de Israel, crecen y aumentan las grandes "actuaciones" de Dios en favor de su pueblo, conduciéndolo hacia la "Tierra de Promisión", llevando de esta manera a término la **promesa** hecha por el mismo Dios a Abraham al escogerle para ser padre de una descendencia numerosa como las "estrellas del firmamento" (Gén. cap. 15).

Esta misma Pascua—celebrada por Israel año tras año—es la que ardentemente deseó comer Jesús con sus discípulos "antes de padecer" (Lc. 22, 15), dándole un valor y un significado esencialmente nuevo, por cuanto inicia con ella la **Nueva y Eterna Alianza** sellada con su propia Sangre, que ofrece en sacrificio redentor para toda la humanidad, mandando a su Iglesia—el "uevo Israel"—que la vaya celebrando cual **Memorial de su Muerte y Resurrección**: "Sacrificio Pascual" con el que nos ha redimido.

Toda vez que con la Solemnidad de la Pascua iniciamos el "ciclo de los días pascales", que con la nueva ordenación litúrgica de nuestro Vaticano II adquieren una nueva fuerza y valor—tanto por parte de las nuevas lecturas bíblicas como por parte de las nuevas oraciones para la misa—plácenos reproducir aquí, para bien y provecho espiritual de cuantos estas páginas puedan leer, unas consideraciones muy atinadas de nuestro "Secretariado Nacional de Liturgia" sobre el valor doctrinal y pastoral de esta cincuentena de días pascales:

"La Iglesia celebra siempre en cada una de las Misas la misma realidad: El misterio pascual de Cristo, el Señor, su bienaventurada pasión, su gloriosa resurrección de entre los muertos y su admirable ascensión. "Muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando restauró la vida" (Pref. de Pascua). Objetivamente, todas las celebraciones de la Eucaristía, las de los domingos y las de cada día, actualizan entre nosotros la salvación continuada del misterio pascual.

Pero existe una época dentro del año litúrgico en la que la Iglesia despliega ante nuestros ojos toda la riqueza doctrinal y de vida de este misterio a fin de hacérselo vivir proponiéndolo plásticamente a nuestra fe. Y así como en las Misas normales se realiza todo esto en la unidad de una celebración, en el Triduo Pascual, que comienza en la Misa vespertina **In Cena Domini** y se extiende hasta las Vísperas del Domingo de Resurrección, se van proponiendo los diversos aspectos de este gran misterio, pero de manera que no pierdan el sentido unitario que enriquece y contiene a cada uno de los otros aspectos. Este Triduo constituye la cumbre de todo el año litúrgico, la solemnidad de las

solemnidades a la cual nos ha ido preparando toda la Cuaresma.

Por fiestas pascales entendemos aquí no solamente dicho Triduo Pascual, sino su continuación lógica de todo el tiempo de Pascua que en la reforma actual del calendario se continúa a lo largo de 50 días hasta la fiesta de Pentecostés.

La celebración central es la de la gran Vigilia del Sábado Santo que reúne a todo el presbiterio y fieles de cada comunidad. Es una fiesta de alegría y de luz, ligada a una celebración más solemne de la Palabra y a una vivencia comunitaria del Bautismo. La preparación remota a esta celebración es toda la Cuaresma, y la preparación inmediata, la Acción Litúrgica del Viernes Santo y el silencio eucarístico del Sábado Santo.

En cada uno de los aspectos del misterio pascual podemos ver puntos de contacto con la mentalidad del hombre moderno. Tampoco debemos ocultar en nuestra pastoral lo que este misterio exige de conversión y ruptura con nuestra actitud de pecado.

El hombre de hoy huye del sufrimiento, de la privación y de la muerte. Pero, al mismo tiempo, está más capacitado para comprender su radical caducidad y su destino para la muerte. La experiencia de cada día nos enseña que, a pesar de todos los esfuerzos, el sufrimiento, la enfermedad y la muerte continúan siendo el patrimonio común de la Humanidad.

El misterio de la sepultura de Cristo, segundo aspecto de este misterio pascual, subraya la importancia de la esperanza en el cristianismo. El Sábado del sepulcro vacío prepara la gran esperanza del triunfo a pesar de todas las apariencias contrarias. El hombre de hoy no soporta los tiempos vacíos y los compases de espera. Parece ebrio de rapidez y eficacia. Por otra parte, es un hombre amarrado a la historia, abierto al futuro, que equivale a decir sediento de esperanza. En el alma moderna encaja perfectamente esta esperanza cristiana si sabemos presentarla no como una esperanza pasiva, sino activa preparación al triunfo de Cristo que es, al mismo tiempo, la victoria del hombre. Hay que hacer comprender el sentido cristiano del progreso.

El tercer aspecto del misterio pascual es el triunfo de Cristo sobre la muerte. La resurrección de Jesucristo presenta un carácter francamente afirmativo de cristianismo. **La fe cristiana conduce a la victoria**. Pero es necesario comprender el sentido exacto de esta victoria de Cristo y de los cristianos. El triunfo ha sido conseguido plenamente por Cristo, pero aún no se ha hecho patente para todos los hombres. Entre la batalla ganada decisivamente por Cristo y su victoria final transcurre el tiempo de la Iglesia, la tarea de conseguir que todos los hombres hagan suya la victoria de Cristo. El mundo actual se entusiasma ante cualquier perspectiva de afirmación de los valores genuinamente humanos. Tiene hambre de dominio y de progreso. Pero huye del triunfalismo avasallador que no respeta la libertad y la dignidad de la persona. La victoria de Cristo es nuestra liberación de todo servilismo; no se apoya en ningún triunfalismo, sino en el servicio generoso a todos los hombres" (**Comentarios Bíblicos al Leccionario Dominical**, ciclo B; del Secr. Nac. de Lit., Madrid 1969, p. 109; toda esta apretada ideología condensada en el Misterio Pascual, puede verla el lector ampliamente desarrollada en la constitución conciliar sobre la Iglesia en el mundo actual, particularmente en los nn. 4-22).

P. Agustín M.^a Forcadell, O. Carm.